

raba que no sólo iba a repetirse, sino que el retorno de aquel sujeto iba a ser decisivo para mi existencia.» Sábado dirá después que R. es el verdadero culpable de que él haya abandonado la ciencia o, lo que es lo mismo, según lo ha declarado tantas veces: la seguridad, el orden, la tranquilidad del ánimo. R. vuelve a perturbarlo, a irritarlo, a incitarlo, como el Ángel del Abismo, a meterse en él y a escudriñar su fondo. Siente de nuevo, como antes, el recuerdo de las pesadillas de su niñez, la presencia ineludible de la fatalidad, como también apuntara antes en *El informe*. Pero esta vez el autoanálisis, que le lleva a concientizar sus elementos inconscientes y subconscientes (otra vez la alquimia de la realidad y el sueño), en la representación de R. (su doble), le sirve al menos para aclarar sus metamorfosis y las vinculaciones de éstas con sus fantasmas, con sus obsesiones. Las nuevas premisas comienzan a jugar su papel.

En la página 311 nos encontramos con un pasaje sumamente revelador para nuestro interés: «Sus palabras me cortaban despiadadamente...

—Desde chico tuviste terror a las cuevas. No era tanto una pregunta como una afirmación que yo debía confirmar.

—Sí —respondía yo, mirándolo fascinado.

—Tuviste asco por lo blando y lo barroso. (Recordemos los pasajes de *La náusea*, de Sartre.)

—Sí.

—Por los gusanos.

—Sí.

—Por la basura, por los excrementos.

—Sí.

—Por los animales de piel fría que se meten en los agujeros terrestres.

—Sí.

—Ya sean iguanas, ratas, hurones o comadrejas.

—Sí.

—Y por los murciélagos.

—Sí.

—Seguramente porque son ratas aladas y, para colmo, animales de las tinieblas.

—Sí.

—Entonces huiste hacia la luz, hacia lo límpido y transparente, hacia lo cristalino y helado.

—Sí.

—Las matemáticas.

—¡Sí, sí!

De pronto abrió los brazos, levantó la cara y exclamó, mirando hacia arriba, como en una enigmática invocación:

—¡Cuevas, mujeres, madres!»

Como vemos, R. le hace consciente de su rechazo del elemento edípico: «Cuevas, mujeres, madres.» Estos símbolos lo obsesionaron siempre a Sábato y se repiten una y otra vez, de innumerables maneras, en todas sus novelas. Recordemos el episodio que acabamos de leer en *Abaddón*, porque se va a relacionar con el desenlace a que R. le conduce, el cumplimiento de esa fatalidad que le fuera revelada como una premonición de su destino a través de sus sueños, como lo apuntó en *El informe sobre ciegos*.

En sus novelas Sábato nos lleva una y otra vez al terreno impreciso donde lo onírico, lo parapsicológico, la realidad y el misterio se entrecruzan sin solución de continuidad. Sin duda es en estos momentos cuando su técnica de novelar alcanza su mayor brillo, pero para el lector significan el sentir que otra vez se ha perdido el rumbo.

El encuentro con R., como se sabe, ocurre en París, en momentos en que Sábato vivía entre la ciencia, en el reino diurno, y sus experiencias surrealistas, en el reino nocturno. R., como ya dijimos, lo empuja a tomar una decisión. Y luego del diálogo que hemos transcrito, cuando Sábato personaje retorna a su casa separándose de R., como si ello significara un regreso a la cordura de lo establecido, de lo dado, de lo impuesto por el orden del mundo de la superficie, de la luz, le sucede un raro episodio, que al día siguiente comprobará, al conversar con sus amigos, que ha sido el producto de un misterioso desdoblamiento, al igual que el encuentro con R., pero que sin embargo ambos obtienen después una confirmación, no en el reino de los sueños, sino en el reino de la misma realidad. Sábato-personaje se encuentra con una mujer en la cual, misteriosamente, vivirá el desdoblamiento del accidente de María Etchebarne, su maestra de Rojas, a quien él ve en momentos horrorosos, cegada al parecer por un ácido que alguien le ha arrojado a la cara (él sospechará de un ciego). Y, además, el encuentro con la extraña ocurre en un túnel, en el metro de París.

Esta presentación es importante porque también es un símbolo que va a contribuir con nuestro esfuerzo por descifrar esta clave. El recuerdo de su maestra cegada por un accidente, y las mutilaciones que él efectuara en gatos y pájaros al pincharles los ojos, son los únicos rastros concretos que Sábato presenta en la novela en relación con los ciegos, que simbolizan su obsesión por las tinieblas. Sin embargo, por ello mismo, debemos desconfiar de esta pista, sos-

pechosa de engaño por demasiado obvia, pero concertada a pesar de eso con la clave a través del episodio de París, como subsuelo de sus primeros impulsos y experiencias relacionadas con su inconsciente (R.).

Un poco más adelante, en la página 338, encontramos otra referencia al símbolo de la ceguera, cuya expresa conexión con la teoría de Sartre será de suma utilidad para nuestra conclusión. Allí dice: «El cuerpo se mueve por un lado o permanece en su cama (se refiere al sonambulismo), pero el alma divaga por ahí. Por ejemplo, ¿a quién le sucedió aquello de los ojos de la muerta? Lo de la infancia me pasó a mí, ya lo sé. Me pregunto lo de la calle Montsouris. (¡Souris! ¡Ratones! Recién ahora lo advierto.)

Desde aquella época he tratado de descifrar la trama secreta, y aunque a veces creo vislumbrarla, me mantengo a la expectativa, porque mi larga experiencia me ha probado que debajo de una trama hay siempre otra más sutil o menos visible. En estos últimos tiempos, no obstante, he intentado atar cabos sueltos que parecen orientarse en el laberinto. (Obsérvese que aquí no utiliza el símbolo del túnel.) Por de pronto, aquellos episodios ocurrieron en el momento en que empecé a abandonar la ciencia, que es el universo de la luz. Después, hacia 1947, advertí que en Sartre todo provenía de la vista, y que también él se había refugiado en el pensamiento puro, mientras que sus sentimientos de culpa lo forzaban a las buenas acciones. ¿Culpa-ceguera? Finalmente, el Nouveau Roman, la escuela de la mirada, el objetivismo. O sea de nuevo la ciencia, la pura visión del objeto del ingeniero Robbe-Grillet. Por algo N. Sarraute se ríe de los «pretendidos abismos de la conciencia». En fin, se ríe..., es una manera de decir. En el fondo todos ellos tienen miedo, todos sin excepción rehúyen al universo tenebroso. Porque las potencias de la noche no perdonan a los que tratan de arrancarle sus secretos. Por eso también me odian: por el mismo motivo que los colaboracionistas detestan a los que con riesgo de sus vidas combaten al enemigo que ocupa la nación.

Esto es confuso, lo sé, no tienen por qué señalármelo. Y a muchos les parecerá la fantasía de un delirante. Piensen lo que quieran: a mí sólo me preocupa la verdad. Y aunque de modo fragmentario, con relámpagos que apenas me permiten vislumbrar en décimos de segundo los grandes abismos sin fondo, intento expresarlo en algunos de mis libros.»

En la página 317 de *Abaddón...* se conectan también entre sí estos hechos citados, pero aparecen nuevas premisas o, mejor dicho, nuevos ángulos de premisas ya dadas. Allí dice: Vuelvo ahora a los hechos